

# Vino nuevo en jarras viejas

Página lírica de Jorge Zeledón Venegas

= Envío del autor =

## Hogar

Escondido entre las flores  
de mi jardín encantado,  
tengo hace tiempo formado  
el nido de mis amores.

En él los sueños mejores  
de mi vida coloqué,  
y hoy en el jardín se ve  
cuando todo ha florecido,  
reinar una flor: mi nido  
¡la flor que yo ambicioné!

En él encontró el cariño  
su más sincera morada,  
y entre caricias de amada  
y entre sonrisas de niño,  
de mis versos el aliño  
voy formando con amor,  
mientras canta en derredor  
su dicha la primavera.  
¡Primavera, quién pudiera  
eternizar tu verdor!

Y cuando pasa la brisa  
y al soplo de ella parece  
que mi nido se estremece  
como con una sonrisa,  
por mi mente se desliza  
el ritmo de una canción  
que al salir del corazón  
para volar hacia el cielo,  
habla de dicha, de anhelo,  
de paz y de bendición.

De su puerta cada tarde  
me detengo en el umbral  
y entono un himno triunfal  
al amor que vive y arde,  
como pájaro que alarde  
hace de su dicha cierta;  
y un pajarillo que alerta  
me espera dentro del nido,  
al escuchar mi silbido  
corre a toparme a la puerta.

¡Esa sí que es venturanza!  
¡Bendita, bendita sea!  
Tras la lucha de la idea  
el que tiene hogar, descansa.  
Y cifrando mi esperanza  
en el santuario de armiño  
que edificó mi cariño,  
vivo mi dicha soñada  
entre caricias de amada  
y entre sonrisas de niño.

## El aeroplano

Sobre el amplio tapiz de la sabana  
rápido corre como el pensamiento,  
y con su trepidar, en un momento  
llena de vibraciones la mañana.

Y en la fiebre de vértigo que emana  
este prodigio del entendimiento,  
se oye la queja lúgubre del viento  
que domeñó la inteligencia humana.

Y su carrera loca, convertida  
en el más temerario de los vuelos,  
luchando con la Muerte y con la Vida  
como buscando a Dios en sus anhelos,  
deja una cruz de oro suspendida  
del limpio cortinaje de los cielos.



Jorge Zeledón Venegas

## Spaventa

Es el alma del tango que se queja  
con sentimiento y con ternura tanta,  
que la voz, al salir de su garganta  
maravillosa, una oración semeja.

Ligera, como el vuelo de la abeja  
su cadencia armoniosa se levanta  
y la sencilla música que encanta  
sensaciones dulcísimas nos deja.

¡Quién como tú—jilguero apasionado  
saltando sin cesar de uno a otro lado—  
por siempre en la canción vivir pudiera;

esa canción que cuando tú la expandes  
vuela desde la cima de los Andes  
basta el reino ideal de la Quimra!

## A Estrella

Estrella de mi amor, estrella mía  
que vas regando luz en mi sendero.  
Eres más que una estrella, eres lucero  
de paz, de bendición y de alegría.

En tu espíritu ingenuo se diría  
que hay la inquietud de un pájaro parlero,  
al que no podrá herir el dardo fiero  
de la tristeza y la melancolía.

Tu padre, ruiñeñor enamorado  
de su nido fecundo y adorado  
en que, feliz, la vida se desliza,

pone un poco de miel en su garganta  
y al pajarillo de su amor le canta  
su más tierna canción, hecha sonrisa.

## Para Ligia

Al cumplir tus dos años, placentera  
como un capullo te abres a la vida,  
y hay en tu alegre parlotear, prendida  
la luz de una radiante primavera.

De valiente optimismo la bandera  
que en el hogar mantienes siempre erguida,  
habrá de resistir la acometida  
del huracán y la borrasca fiera.

Yo me sé que un jardín ha florecido  
con rosas de inefable colorido  
en tu almita gentil—alma inocente—.

Si lo cuidas con mano cariñosa;  
si le riegas amor a cada rosa,  
florecerá tu vida eternamente.

## El rosal marchito

(Afectuosamente, para Alberto Molina en la muerte de su compañera).

Como un rosal que hubiera florecido  
con la fecunda luz de la mañana,  
tu compañera—juventud lozana—  
llenó de amor y de ilusión tu nido.

Pero ¡ay! que con acento dolorido  
se oyó doblar ayer una campana;  
una voz la llamó, dulce y lejana  
hacia un reino de paz desconocido.

Y al marchitarse del rosal la vida,  
sangró tu corazón; y de tu herida  
brotó el dolor en toda su grandeza.

Pero para endulzar tanta amargura  
quedan dos botoncitos de ternura  
en el búcaro gris de tu tristeza.

## Flores y estrellas

A Carlomagno Araya, leyendo su libro Primavera.

Tu verso a veces tiene modulaciones de ave  
que una ilusión perenne de su cantar arranca;  
y es sereno, y es puro y es diáfano y es suave  
como la superficie de una llanura blanca

Cuando el amor lo impulsa tiene acento ardoroso  
y se llena de flores, de aromas y de mieles;  
y vuelca sus cadencias con rítmico alborozo  
sobre la primavera gentil de sus vergeles.

Pero cuando refleja la altivez soberana,  
esa altivez que tiene radiaciones de cumbre,  
entonces es vibrante y es como una campana  
cuya voz ensordece las de la muchedumbre.

Ora es la pinclada que en mágicos colores  
esboza la emotiva belleza del paisaje,  
ora la rima suave que tiene olor de flores  
silvestres, recogidas del seno del bosque.

Y así, este libro tuyo de cánticos sonoros  
y rimas delicadas y eróticas querellas,  
no es un estuche lleno de versos incoloros  
sino un jardín cuajado de flores y de estrellas!

## Escudo de oro

A mi compañera.

La medallita de oro que ha colgado  
sobre mi corazón tu fe sincera,  
por ser tuya, será la compañera  
de mi vida de poeta y de soldado.

Y allá en la noche, cuando ruja airado  
el vendabal en torno a mi bandera,  
con el escudo que tu fe me diera  
tendré mi corazón fortificado.

Porque ella simboliza tu cariño  
—templo ante cuyo altar, hecho de armiño,  
mi amor ha colocado un incensario,—

ese emblema de dicha verdadera  
es el mejor escudo que quisiera  
para mi corazón que es tu santuario.

San José, Costa Rica, 1930.